



"Villa Victoria"
Arenales y Matheu
Mar del Plata. F.C.S.

Marzo 19, 1947

Mi querida Gabriela:

En esta casa y cuando el jardín comienza a dorarse de otoño, entre una lluvia y otra, siempre recuerdo aquel anochecer en que la ví a usted por primera vez; cierro los ojos y la veo bajando del automóvil bajo la lluvia y mirando un poco asorada las caras desconocidas que la esperaban en la terraza. Y luego aquellos días con usted y Victoria que recuerdo ahora entre los más felices de mi vida. No es que pueda quejarme - como lo puede usted por lo que vino después - , pero aquellos días, y especialmente una mañana de sol en que le ayudaba a corregir las pruebas de Tala, se recortan cada vez más como un remanso armonioso, dulce y con algo agreste y fuerte a la vez. Y cuando salgo de mi cuarto, siempre el mismo, me parece a menudo que voy a verla por la puerta del gran dormitorio que enfrente al mío, sentada en la cama, tomando mate, fumando, con la boina de lana tejida defendiéndola del frío y una increíble pila de cartas sobre su cama. ¿Por qué le cuento todo esto, me lo pregunto? Se que es para que usted lo recuerde también, y al recordarlo mientras yo siga aquí se establezca una de esas corrientes que, aunque creamos no crearlo, nos acercan, hasta la intimidad, a través del espacio.

Ya le conté de mi estadía en México, déjeme que retome el hilo desde que salí de allí. Me gustó la limpia y pueblerina Guatemala: fui a Antigua, gozando del paisaje suave que recuerda un poco el de algunas partes de Francia y, como en México aprendí a gustar de los patios conventuales, el de Antigua, solitario, casi en ruinas y con mucha bougainvillia me retuvo casi una hora. Además allí vi el indio que puede vestir de negro y quedar bien - yo los imagino siempre o de blanco o con ponchos coloridos -, son aquellos que llevan una especie de pelo corto y sin mangas y con un sombrero de paja más bien chico, que con su piel terracota los hace parecer salidos de un friso etrusco (Gabriela, por favor, no me reproche mi argentina tendencia al color local!). Luego Lima, en esa ciudad donde, al venir, ya siento que entro a lo habitual, a lo urbano estilo Santiago, Buenos Aires y Montevideo, siento un tedio, una tristeza que aún no he logrado definir. Después en vuelo directo a La Paz, sobre sus Andes. No se si en el mundo habrá algo más grande, más desolado, más virginal. Tanto que al volar sobre ellos uno llega a creer que el avión se ha equivocado de planeta. Si, hasta el turquesa esmeralda del Titiseca tiene el color de las manchas del planeta Marte. ♪

Pese a ser una ciudad situada alto, pese a ser india y española, nada en La Paz recuerda a las ciudades mejicanas. Que aridez tan linda y cuanto color en esa piedra desnuda! Que bondadosa y sencilla su gente culta y que serio y trabajador su pueblo indio! Ellas, las cholitas, me parecían campanitas de juguete con sus cáscaras de polleras, y ellos, los indios era todo lo contrario, parecen también de piedra y estar allí, un poco como sonámbulos, caminando en una época que no es la de ellos. Y los niños indios, con sus cachetitos rojos, que distintos a los de México. Allá me veían pasar en mi silla de ruedas (ahora tengo una toda cromada). Y como si nada; en La Paz no seguían querían tocar "el carrito de plata". Y a mí, nacida en la Pampa, que bien me hace el clima de altura! Anduve de aquí para allá, desde las diez de la mañana hasta media noche durante los

[Carta] 1947 mar. 19, Mar del Plata, [Argentina] [a] Gabriela Mistral [manuscrito] María Rosa [Oliver].

AUTORÍA

Oliver, María Rosa, 1904-

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

[Carta] 1947 mar. 19, Mar del Plata, [Argentina] [a] Gabriela Mistral [manuscrito] María Rosa [Oliver].
3 h. ; 29 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile